

## CAPÍTULO 8

### JESUCRISTO

#### Misterio de Dios – misterio del hombre

ÁNGEL CORDOVILLA PÉREZ – SAMUEL SUEIRO EXPÓSITO

#### 0. INTRODUCCIÓN

El cristianismo tiene en el centro la persona de Jesús. Conocer y dar razón de la persona de Jesucristo ha sido la tarea apasionante de la teología cristiana; confesarlo como Señor y seguirlo como Maestro es la forma fundamental de la vida cristiana. En este capítulo ofrecemos una aproximación al misterio de su ser personal como lugar donde se encuentran la revelación del misterio de Dios y la realización plena del misterio del hombre. Después de ofrecer las claves y el método desde el que accedemos a la persona de Jesús (1), nos centramos en comprender su misión (2) y su destino en el misterio pascual (3), para finalmente ofrecer una reflexión sobre su identidad singular (4), clave de bóveda de la confesión de fe cristiana.

#### 1. JESUCRISTO: PERSONA, MISIÓN Y MISTERIO

En esta primera parte introductoria nos preguntamos por cuestiones que tienen que ver con la forma de acceder a Jesús, el método para interpretar estos datos y la manera como expondremos el contenido fundamental de la cristología.

gracias al encuentro con él que provoca la conversión; la vida sacramental, especialmente el bautismo y la eucaristía, que nos une con él; y la vida moral que nos pide que vivamos y nos comportemos en la vida como él. Todo cristiano ha podido repetir alguna vez en su vida esa expresión de Pablo en la carta a los Gálatas: «Para mí la vida es Cristo... Con Cristo estoy crucificado; vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que ahora vivo en la carne la vivo en la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál 1,19; 2,19-20).

No obstante, este encuentro no es algo exclusivo de los cristianos, de aquellos que lo confiesan públicamente como Señor. La relación está abierta a todo ser humano desde las experiencias humanas fundamentales en el orden de la esperanza, del amor y de la justicia. Hay algo así como una cristología en búsqueda cuando el ser humano, desde las realidades fundamentales que lo constituyen en el orden de la inteligencia, de la libertad y de la acción, busca –aunque sea de forma anónima e implícita– a Cristo como su salvador absoluto. Todo hombre ha sido creado en Cristo y todo hombre está llamado a alcanzar la plenitud en él (Col 1,15-20). Tal y como afirma el concilio Vaticano II: «Esto vale no solo para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón actúa la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina. En consecuencia, debemos mantener que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo conocido solo por Dios, se asocien a este misterio pascual» (GS 22).